



Psicología Social Crítica y Emancipadora: fertilidad de la obra de José Ramón Torregrosa

Critical and Emancipating Social Psychology: fertility of José Ramón Torregrosa's work

Anastasio Ovejero

Universidad de Valladolid

Resumen

Se pretende mostrar en este trabajo la enorme utilidad que tiene la obra de José Ramón Torregrosa, probablemente el más destacado psicólogo social español, para la construcción de una psicología social realmente crítica y emancipadora. De su obra sobresalen principalmente sus reflexiones sobre epistemología y sobre aspectos teóricos y metodológicos de la materia, pero también la aplicación de tales reflexiones a aspectos como el significado del trabajo, los efectos del desempleo o la identidad.

Palabras clave: José Ramón Torregrosa; Epistemología; Psicología social crítica; Psicología post-positivista

Abstract

This paper wants to show the usefulness and fertility of the work of José Ramón Torregrosa, probably the most prominent social psychologist in Spain, for the construction of a Critical and Emancipating Social Psychology. In the Torregrosa's work stand out overall the reflexions and writings about theory, epistemology, and methodology in social psychology, but also the application of these reflexions to fields as meaning of work, unemployment's effects, or identity.

Keywords: José Ramón Torregrosa; Epistemology; Critical Social Psychology; Post-positivist Psychology

Introducción¹

A veces se afirma que la psicología social es una, pero se dice de muchas maneras. Por el contrario, yo creo que es justamente al revés: existen muchas y muy diversas psicologías sociales, pero se dicen de la misma manera,

puesto que a todas ellas las llamamos *psicología social*. Y a menudo tienen muy poco en común unas y otras. Porque vamos a ver: ¿en qué se parecen, por ejemplo, la psicología social de León Festinger y la de Kenneth Gergen? Además hay también mucha psicología social fuera de nuestra disciplina. Recordemos a Alexander Mitscherlich: como escribe Axel Honneth (2007/2009, p. 271):

No hay en la actualidad un pensador de la psicología social que pueda describir las transformaciones psíquicas en la vida del individuo o de las

¹ Parte de este trabajo se presentó en el homenaje que el Departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid le hizo a José Ramón Torregrosa en Madrid, en diciembre de 2014, con motivo de su jubilación.

masas con una sutileza, una delicadeza y una disposición a entender similares; por su amplitud temática, el grado de diferenciación conceptual y la profundidad de comprensión, los análisis que Mitscherlich dedicó en el periodo de 1955 a 1977 a las tendencias de cambio estructural anímico en el capitalismo están muy por encima de todos los diagnósticos similares que conocemos hoy; en aquella época los únicos diagnósticos sociopsicológicos en condiciones de competir con los de Mitscherlich probablemente hayan sido los de Arnold Gehlen.

Ahora bien, ¿cuántos psicólogos sociales conocemos a estos dos autores? ¿En cuántos manuales de psicología social se les cita?

Y es que si ser psicólogo social consiste en conectar de diferentes maneras al individuo (o los procesos psicológicos individuales) con la sociedad (o los procesos sociales), entonces psicólogos sociales los hay en todas las ciencias sociales. En efecto, numerosas publicaciones en historia (por ejemplo, las relacionadas con la historia de las mentalidades o con la historia social, o incluso las biografías históricas), en antropología (los estudios que analizan cómo las distintas culturas o microculturas van conformando la personalidad y el carácter de sus miembros), y no digamos en sociología (a mi modo de ver, es en la microsociología donde se encuentran los mejores análisis psicosociológicos, como los de Norbert Elias o los de Bruno Latour).

¿De qué estamos hablando, pues, cuando hablamos de psicología social? Dice José Ramón Torregrosa en el Diccionario de Sociología de Salvador Giner, Emilio Lamo y Cristóbal Torres (1998, p. 616) que

La expresión psicología social, pues, no parece tener un claro significado explícito fuera de las múltiples tradiciones conceptuales y/o metodológicas en que se usa, dependiendo mucho de qué se entienda por *psicología* y, sobre todo, de qué significado se adscriba al término social.

Más claramente aún, si cabe, lo decía el propio Torregrosa anteriormente (1974, p. XV):

Dada la progresiva configuración de la psicología social a partir de una ascendencia intelectual multidisciplinar, resulta difícil, por no decir imposible, trazar una línea unívoca en su desarrollo histórico. Más que una secuencia lineal de aportaciones acumulativas, integradas o convergentes, el desarrollo de la psicología social, tanto en sus antecedentes como en la actualidad, se ha producido paralela e inconexamente en el seno de distintas corrientes y escuelas de varias ciencias sociales, y en muchos casos aun dentro de una misma disciplina.

La psicología social, que posee una gran diversidad, proviene de muy diferentes tradiciones, siendo la psicológica y la sociológica las dos más importantes, de las que sin ni ninguna duda la primera ha sido la dominante y hegemónica. De ahí deriva su “crisis”, que por ello es “constitucional”, y por no haber sido capaces de resolverla adecuadamente, ha pasado a ser “crónica”, desde el momento en que la corriente dominante no ha dejado de ser profundamente individualista, llevando a una permanente contradicción en los propios términos: *psicología social individualista*. Torregrosa lo dejaba muy claro hace ya unos años, cuando hablaba de la permanente tensión básica que subyace a nuestra disciplina:

La psicología social, para ser social, no puede permanecer siendo sólo social, sino que ha de ser sociológica. Y para serlo lo lógico es que no reinvente por sí misma las tradiciones psicosociológicas de la sociología, sino que las asuma explícitamente como parte integrantes de sí misma. Lo cual implica que la psicología social es a la vez psicología y sociología, constituyendo su especificidad analítica como disciplina científica la adopción de ambos puntos de vista en el estudio de la acción e interacción humanas. No reconocer esta relación de compartida identidad con la sociología, no sólo sería parcial sino erróneo, tanto desde el punto de vista de la reconstrucción histórica de este campo del saber cómo desde un planteamiento lógico-sistemático riguroso (1998, p. 618).

Pero la psicología social sigue siendo mayoritariamente individualista, lo que inevitablemente produce un gran descontento en muchos psicólogos sociales. De hecho, somos muchos los que sentimos un descontento radical con la orientación teórica y metodológica de la disciplina y que, como le ocurrió a Kenneth Gergen (1997), comenzamos creyendo en la promesa, que tantos y tantos de nuestros profesores de psicología nos transmitían, de que si pudiéramos generar conocimiento científico de la conducta humana, la sociedad sería capaz de resolver muchos de sus más graves problemas, como la violencia, la explotación o los prejuicios. Y fuimos muchos los que, entusiasmados con estas perspectivas, comenzamos a trabajar en este campo, con el convencimiento de que nuestros experimentos y nuestros conocimientos científicos perfeccionarían la psicología social y, a la vez, la sociedad y hasta el género humano. Sin embargo, también fuimos muchos los que pronto sentimos muchas dudas de que la psicología social pudiera avanzar por el camino empírico y experimental, a la vez que pronto nos con-

vencimos de que tales supuestos avances no mejorarían la sociedad ni la condición humana.

Es más, con simples datos y con una experimentación socialmente vacía, la psicología social se estaba convirtiendo en una mera tecnología que se movía exclusivamente por una razón instrumental, con lo que, además de bastante estéril, con gran facilidad podía ser utilizada, tanto ella como sus hallazgos, como así ha sido, por diferentes instancias del poder y, con frecuencia, lo que es más grave, sin enterarse los propios psicólogos sociales de tal utilización. Por este camino, difícilmente la psicología social podría satisfacer nuestros anhelos críticos y emancipadores. Todo lo contrario. Somos muchos los que creemos que la psicología social dominante no ha sido capaz, hasta el momento, de escapar a tal trampa. Por eso aún me siento identificado con las quejas que hace ya más de 40 años expresara Nigel Armistead (1974/1983) cuando escribía que "la psicología social debería dar algún sentido a nuestra experiencia y no lo da: nos sentimos decepcionados" (p. 7), añadiendo (p. 9):

Veo la mayor parte de la psicología social como un estudio alienado hecho por personas alienadas (sospecho que mi propia alienación no es atípica). Mis preguntas originales sobre 'cómo funciona la sociedad' y sobre 'cómo llegué a ser el tipo de persona que era' nunca obtuvieron una respuesta. En relación con la psicología social, lo que estaba ocurriendo en mi vida y en el mundo que me rodeaba hizo que lo que estaba estudiando me pareciera trivial, aburrido y sin relación con las cuestiones que me estaban afectando acerca de los valores y el cambio social.

Sin embargo, somos muchos los que mantenemos la esperanza de que las cosas se hagan de otras maneras, que aún es posible otra forma de hacer psicología social radicalmente diferente a la tradicional, que sea teóricamente más sólida, metodológicamente más fértil y socialmente más relevante, a pesar de que soy cada vez más escéptico en este asunto en cuanto a la psicología social española. En América Latina, sobre todo en algunos países como Brasil, México o Colombia, las perspectivas son más optimistas, pero en España apenas hay sitio ahora mismo para una psicología social crítica y emancipadora, en primer lugar porque la hegemonía de la ideología neoliberal es casi total y afecta también a los psicólogos, y, en segundo lugar por los cambios habidos en nuestra disciplina a nivel ins-

titucional durante los últimos años. Y no me refiero sólo, que también, a los criterios utilizados para evaluar la "excelencia científica" de los psicólogos. Actualmente, esos criterios se refieren casi exclusivamente al impacto que tienen ciertas revistas, haciendo total dejación de los debates y las discusiones sobre los temas psicosociales. Incluso el rito concreto de la promoción académica se basa en un mecanismo simple de acreditaciones que evalúa sólo los papeles que presentan los candidatos, sin contrastar de ninguna manera los méritos esgrimidos en tales papeles en un acto de defensa oral y argumentada. Todo ello, por otra parte, está facilitando la hegemonía de una visión empirista e intelectualmente muy pobre de la disciplina, a la vez que, correlativamente, está contribuyendo a la desaparición de una psicología social crítica y emancipadora (sobre psicología social crítica véase Ibáñez e Iñiguez, 1997; Ovejero y Ramos, 2011).

No obstante, el problema no ha hecho sino agravarse, porque viene de muy lejos: soy pesimista porque al contemplar un siglo de psicología social, mi sensación es más agria de lo que era hace sólo veinte años, de forma que creo que podemos decir, como sostenía Ludwig Wittgenstein en el *Tractatus* (1987/1924), que nos da la sensación de que cuando todas nuestras posibles preguntas ya han sido contestadas, todavía no han sido ni tocados nuestros problemas vitales, lo que refleja claramente la excesiva esterilidad social y humana de tantas investigaciones en nuestra disciplina. Pero no pierdo la esperanza de que la psicología social crítica y emancipadora, aunque ahora minoritaria, consiga algún día modificar esta situación, y los psicólogos sociales aborden los problemas sociales como lo que son, problemas sociales, y no meros problemas personales de los individuos. La dificultad a la hora de lograr esto es lo que ha llevado a Ian Parker (2010) a abogar por la supresión de la psicología —de todo tipo de psicología, sea cual sea su orientación teórica y metodológica— en el análisis de la realidad social y de los problemas sociales desde posiciones de izquierdas o progresistas. Es más, creo que esa psicología social crítica y emancipadora es más necesaria aún hoy día que en el pasado, sobre todo porque si la psicología estuvo siempre al servicio del capitalismo (Sampson, 1977; 1981), hoy día lo está aún más: psicologizando los problemas sociales y haciendo que los

problemas que están teniendo millones de personas a causa de las injustas políticas neoliberales sean vistos como meros problemas personales de los individuos afectados, la psicología está haciendo un servicio realmente inestimable al nuevo capitalismo global (los desempleados no tienen trabajo porque no son capaces de adaptarse a las exigencias de la globalización; los delincuentes lo son porque tienen problemas personales, casi siempre relacionados con sus genes; quienes fracasan en la escuela se debe a su bajo CI...). Y de esta manera, los psicólogos están contribuyendo poderosamente a que la ciudadanía no perciba quiénes son los responsables reales de tales problemas y no le eche la culpa a las políticas de precarización laboral que está empeorando cada día más las condiciones de vida de cientos de millones de trabajadores y a las medidas de austeridad que tanto daño están haciendo a millones de personas y al propio crecimiento económico, incrementando las desigualdades hasta niveles realmente peligrosos y obscenos (Bauman, 2013/2014; Blyth, 2013/2014; Ovejero, 2014; Piketty, 2013; Stuckler y Basu, 2013; Wilkinson, 2000/2001; Wilkinson y Pickett, 2009).

En todo caso, la psicología social descansa sobre tres patas: una concepción teórica; un método; y unas aplicaciones. Y las tres patas deberían cambiar radicalmente si queremos hacer una psicología social capaz de entender la realidad social y capaz de ayudar a la gente a resolver sus problemas poniendo el foco en las verdaderas causas de tales problemas, causas que son externas al individuo. Veamos esas tres patas, aunque primero diré algo de la relación entre individuo y sociedad, cuya comprensión me parece esencial para entender lo que aquí quiero decir. Y Para todo ello nos será de gran ayuda las reflexiones de José Ramón Torregrosa. En efecto, Torregrosa ha hecho grandes esfuerzos intelectuales por colocar a la psicología social entre las ciencias críticas, considerándola una ciencia emancipadora cuyo objetivo último debe ser desvelar lo que se esconde detrás de las apariencias en la vida social cotidiana, de tal forma que muchos, influidos por él, creemos que puede existir otra forma de hacer psicología social muy diferente —y en muchos aspectos hasta opuesta— a la tradicional, una psicología social que sea intelectualmente más sólida y socialmente más relevante.

Individuo y sociedad

Individuo y sociedad son las dos caras de una misma moneda. Es evidente que sin individuos no habría sociedad, pero también lo es que sin sociedad no habría personas: es a través de los procesos de socialización y, más en concreto, a través de la *interacción social*, como hemos pasado de ser los meros organismos biológicos que éramos al nacer a ser quienes somos ahora. La persona se construye en su esencialidad dentro y sólo dentro de la sociedad. Como puntualiza Norbert Elias (1990, p. 93), “la sociedad sin individuos, el individuo sin sociedad, son absurdos”. Más en concreto,

Los seres humanos individuales pueden, al nacer, ser muy distintos unos de otros en lo referente a su constitución natural. Pero es sólo en la sociedad donde el niño pequeño, con sus funciones psíquicas flexibles y relativamente indiferenciadas, se convierte en un ser diferenciado. Sólo en relación y mediante la relación con otros seres humanos puede la criatura indefensa y salvaje que viene al mundo convertirse en un ser psíquicamente adulto, poseedor del carácter de un individuo y digno de ser llamado un ser humano adulto... Y según sea la historia, según la estructura del grupo humano en el que se críe y según, finalmente, su desarrollo y posición dentro de ese grupo, así será el lenguaje que adquiera, así serán el esquema de regulación de instintos y el tipo de actitud adulta que desarrollará el niño (Elias, 1990, p. 37).

Por tanto, añade Elias (p. 38), “la individualidad que alcanzará finalmente una persona no depende simplemente de su constitución natural, sino de todo el proceso de individualización”, que es tanto como decir de socialización. Por ello “el carácter social del ser humano sólo podrá ser visto en su totalidad cuando se comprenda verdaderamente qué significan para el niño pequeño las relaciones con otras personas” (Elias, 1990, pp. 41-42), a la vez que “es de la historia de sus relaciones, sus dependencias y necesidades, y, en un contexto mayor, de la historia de todo el tejido humano en el que crece y vive, de donde el ser humano obtiene su carácter individual” (p. 43), lo que le lleva a Elias a concluir que “las estructuras de la psique humana, las estructuras de la sociedad de humana y las estructuras de la historia humana son fenómenos complementarios e inseparables, y sólo pueden ser estudiados dentro de un contexto que abarque sus relaciones mutuas” (p. 54). Por eso cada individuo es único y distinto de todos los demás, porque ningún otro ha esta-

do en los mismos contextos sociales ni ha sido socializado dentro de las mismas relaciones sociales.

En consonancia con lo anterior tenemos que decir que es imposible aislar ninguna conducta humana del nivel grupal o del nivel colectivo. Si queremos entender el comportamiento humano por fuerza deberemos acudir a los tres niveles, el individual, el grupal y el colectivo, que siempre son interdependientes entre sí. Es más, es que, a mi juicio, el objetivo esencial de la psicología social consiste en interconectar esos tres niveles, siendo su objeto de estudio principal precisamente la *interacción social*, es decir, las diferentes formas en que se interconexionan esos tres niveles. Por eso podemos decir que la psicología social sería la disciplina que se encuentra en el cruce de todas las ciencias sociales, lo que por fuerza explica su gran diversidad. Otra cosa es que ya desde hace más de un siglo, y bajo la influencia decisiva de los hermanos Allport (Gordon y Floyd), adoptó un enfoque netamente psicologista e individualista, lo que se fue afianzando más a medida que la disciplina se hacía más y más positivista. Ya en 1924 afirmaba Floyd Allport la no existencia de una psicología de los grupos, dado que, para él el grupo no existe, sólo existen los individuos. Por consiguiente, toda psicología es esencial y completamente una psicología de los individuos.

A lo que acertadamente comenta Torregrosa (1998, p. 616):

Desde estos presupuestos no resulta sorprendente la paradoja de que frecuentemente se observe que la psicología social convencional haya llegado a ser tan individualista. Porque se parte en ella de la noción de un sujeto o individuo abstracto, natural, ahistórico, no socializado, empíricamente inexistente, desde cuya universal estructura y funcionamiento se quiere dar cuenta de la complejidad y variedad psico-socio-cultural del hombre.

De ahí le vienen a nuestra disciplina gran parte de sus problemas.

Pero frente a esa psicología social individualista, hegemónica, siempre ha estado otra sociologista, minoritaria, sin duda mucho menos reduccionista y, por ello, mucho más interesante. Claramente lo expresa Torregrosa (1998, pp. 616-617):

Desde la otra línea, la sociológica, se concibe la psicología social como un campo interdisciplinar del saber en que los niveles de análisis, psicológi-

co y sociológico, se hacen converger para una inteligibilidad más adecuada de los proyectos de acción e interacción social, a través de los cuales se constituye tanto la subjetividad individual —la persona— como las constelaciones de la experiencia colectiva en que se fundan los grupos, las asociaciones y movimientos sociales, las instituciones, etc. La asunción simultánea, en recíproca y explícita referencia, de ambos niveles de análisis, permite poner de manifiesto aquellos mecanismos y procesos en que intersectan lo personal, lo interpersonal y lo colectivo-estructural, revelando sus interdeterminaciones como parcial(es) causalidad(es) autogenerativa(s) de la realidad humana, más allá de los reduccionismos a que tienden las explicaciones de la conducta y experiencia humanas en los términos de uno sólo de esos análisis. Esa recíproca referencia de lo individual y lo colectivo, de individuo y sociedad, a través de los conceptos que describen y constituyen ambos, ha ido desvelando la impropiedad de su reificante antítesis, al mostrar la intrínseca naturaleza social de la personalidad individual, y a los grupos y estructuras sociales como resultado, en última instancia, de la acción y comunicación entre actores individuales.

Como yo mismo decía en otro lugar (Ovejero, 2011a, p. 36), las etiquetas verbales, sobre todo si provienen del discurso científico, tienen el poder de engendrar las realidades a las que se refieren. Es más, la idea de que las teorías en ciencias sociales surgen de la observación, es decir, de los hechos, carece de fundamentos serios. Los datos tan sólo contribuyen a otorgar respetabilidad científica a las teorías pero no sirven para corroborarlas ni para refutarlas. Debemos admitir, con Gergen, que las ciencias sociales son esencialmente *ciencias no empíricas* y que están fuertemente determinadas por las convenciones lingüísticas propias de la sociedad en la que se formulan. Por eso la psicología social sería “el estudio del individuo en la medida en que éste está condicionado por la sociedad” (Torregrosa, 1974, p. XVII). Por ello, si la psicología social, como las demás ciencias sociales, fue un producto de la acción conjunta de la Modernidad y de la Revolución Industrial, ahora es la Postmodernidad y la Revolución Tecnológica las que están modificando en profundidad la conducta de las personas y de los grupos humanos, lo que exige una nueva y diferente psicología social (Ovejero, 1999).

Concepción teórica

Uno de los principales problemas de la psicología actual estriba, como consecuencia de su positivismo militante, en que se cree una ciencia natural y que, por tanto, en ella el conocimiento es acumulativo, por lo que, y

éste es uno de sus efectos más serios, nos creemos en la obligación de leer y citar sólo las publicaciones más recientes, ignorando y menospreciando todo lo que se publicó hace más de cinco o diez años, no teniendo en cuenta de esta manera a los clásicos (Durkheim, Elias, Kropotkin, Marx, Mead, Ortega, Weber...). Y ello resulta particularmente grave si tenemos presente que son estos autores los que han dado algunas de las mejores y más profundas respuestas a problemas que aún nos acucian. Libros como *El apoyo mutuo* de Kropotkin (1902/1988), *El suicidio* de Durkheim (1897/2008) o *Investigaciones psicológicas* de Ortega y Gasset (1982/1983), siguen siendo muy útiles, incluso más aún que cuando se publicaron. Además, gran parte de las limitaciones de la psicología social provienen del carácter positivista de la disciplina así como de la adopción del concepto mecanicista de ser humano que subyace al positivismo. Por tanto, necesitamos una *Nueva Psicología Social*, esencialmente antipositivista, crítica y que pretenda ser emancipadora, que sea capaz de abordar adecuadamente las relaciones humanas y su enorme complejidad, y que, por ello, ya no nos sea posible seguir refugiándonos en una serie de verdades universales y seguras: la realidad está construida socialmente y, por tanto, somos los humanos los que la construimos, con un alto protagonismo de los psicólogos. Y en esa tarea, las reflexiones que Torregrosa ha ido haciendo desde hace más de 40 años nos serán de gran utilidad. Porque tenemos que tener muy clara una cosa: la psicología no se limita a describir la realidad que está ahí fuera, sino que lo que hace realmente es *construirla*: la esquizofrenia, la neurosis fóbica, el fracaso escolar o la normalidad/anormalidad psicológica, no son entes que están ahí fuera, existiendo al margen de nosotros, como afirma el positivismo. Por el contrario, su existir depende de nuestro existir, de nuestro reflexionar y sobre todo de nuestras prácticas sociales y discursivas: es nuestro pensamiento, nuestro lenguaje, nuestras teorías psicológicas y nuestros instrumentos de medida y de evaluación los que los construyen. Por eso el propio objeto de estudio de la disciplina es construido por nosotros mismos y sobre todo por aquellos que tienen el poder suficiente para decidir qué temas estudiar y qué temas no estudiar. Así, tras los atentados de Nueva York, en 2001, donde murieron casi tres mil neoyorkinos, se incremen-

tó sustancialmente la investigación sobre terrorismo, mientras que la muerte en el mundo pobre de cincuenta mil personas al día por hambre, o por enfermedades relacionadas con el hambre, apenas se refleja en la investigación psicológica. Y es que a la actual psicología sólo le interesa el 5 por 100 de la población mundial, que, por otra parte, es la única estudiada (Arnett, 2008). Pero lo más grave no es tanto que las muestras en que se basa la psicología actual sean poco representativas de la población mundial, sino que, como consecuencia de la adopción de la epistemología positivista, los psicólogos crean que están “descubriendo la verdadera naturaleza humana”.

Sin embargo, frente a ese positivismo tan ubicuo en la psicología social y tan dañino, hace mucho que Torregrosa ya proponía que el objeto de la psicología social debería ser

La indagación de constelaciones significativas de experiencia que emergen como resultado de, y se articulan con, estructuras y procesos sociales, más allá de la subjetividad de un individuo concreto. En este caso, el objetivo no es tanto el de revelar unas recurrencias subjetivas, individuales, de la estructura relativamente autónoma de la subjetividad individual, sino que se intenta develar o explicar cómo determinadas constelaciones de experiencias subjetivas más amplias, se articulan con estructuras y procesos sociales. Se trata de ver cómo lo que podríamos llamar la objetividad social, las cristalizaciones normativas o de roles, organizadas en distintos niveles macro-sociales e incluso microsociales, tienen como contrapartida una determinada experiencia subjetiva (1985, p. 18).

Por tanto, entiende Torregrosa la psicología social como

Un esfuerzo intelectual sistemático por comprender la experiencia y la conducta humana en virtud de los nexos reales, imaginarios y simbólicos que vinculan a los hombres en su vivir cotidiano; un esfuerzo congruente, perseverante y sistemático para entender mejor la condición humana, en virtud de que esa condición humana es constitutivamente social y simbólica (1985, p. 19).

Pero, además, añade, con una finalidad clara y explícita:

Como psicólogos sociales somos, en este sentido, personas que se proponen de modo riguroso hacer transparentes ciertos procesos del vivir cotidiano que no aparecen con claridad a primera vista. Deberíamos ser, pues, un recurso más para elevar el nivel de racionalidad, libertad y solidaridad de la sociedad de la que formamos parte (1985, p. 21).

Deberíamos desenmascarar lo que está oculto tras las apariencias. En este sentido, ya Antonio Gramsci mantenía que la tarea del intelectual no tradicional es, por decirlo con palabras Alberto Garzón (2014, pp. 55-56), “la de desvelar y criticar el ya citado sentido común, a fin de romper las creencias dominantes que ensamblan y legitiman el orden social injusto que mantiene las relaciones de dominación entre los grupos”. Y concluye Garzón (p. 64) que se trataría, ni más ni menos, que de “desvelar lo que hay de falso en las creencias populares en torno a cómo funciona la sociedad”. Y aunque para Gramsci tal tarea es responsabilidad de todos los intelectuales y debe ser uno de los objetivos de todas las ciencias sociales, más aún debe serlo de la psicología social, dada su posición intersticial entre todas las ciencias sociales y dado que su objeto de estudio es principalmente el de analizar las relaciones entre individuo y sociedad.

Y ello es así porque la psicología social es siempre, lo queramos o no, una ciencia política. Como escribe Ian Parker (2010, pp. 11-12),

La psicología como disciplina académica y práctica profesional persigue el estudio de la conducta, el pensamiento y los sentimientos, si bien el conocimiento y los instrumentos que produce están destinados a la adaptación social de las personas [...] En este sentido sería conveniente que las personas comprometidas con la transformación social entendieran en qué consiste la psicología y cómo impedir que funcione como un mero instrumento de control social.

Porque, no olvidemos, añade Parker, que la importancia de la psicología no obedece a la verdad de su conocimiento, sino al servicio que presta al poder, sobre todo a causa de su intento de reducir la lucha política a lo que sucede dentro de las mentes de las personas. De hecho, es evidente que vivimos en una sociedad injusta en la que tanto las riquezas como toda clase de recursos y de poder están muy desigualmente repartidas, siendo bien conocido que es precisamente la desigualdad entre individuos, entre grupos sociales y entre los países la esencia definitoria del propio capitalismo (Edwards, Reich y Weisskopt, 1986; Piketty, 2013) y la principal fuente de los problemas actuales (Wilkinson, 2000/2001; Wilkinson y Pickett, 2009). Tales desigualdades se han desbocado en los últimos 30 años con la actual globalización neoliberal o nuevo capitalismo (Ovejero, 2014; Piketty, 2013),

hasta el punto de que actualmente sólo las 85 personas más ricas del mundo acumulan tanta riqueza como los 3.700 millones más pobres (Oxfam Intermon, 2014).

Ahora bien, si la psicología es persistentemente utilizada por el sistema para sus objetivos de dominación, y si muchos psicólogos se convierten en colaboradores directos, los que no coincidan con ello deberían establecer los dispositivos que permitan a la psicología ponerse al servicio de la *resistencia a la dominación*. Porque si, como muestra la psicología social construccionista, las teorías de la psicología no sólo describen la realidad psicológica sino que, a la vez, la construyen, también *resistir es crear*. En efecto,

Luchar ya no es sólo oponerse y enfrentarse, es también crear *aquí y ahora* unas prácticas distintas, capaces de *transformar realidades*, de forma parcial pero radical, poniendo además todo el cuerpo en esas transformaciones que también transforman profundamente a quienes se implican en ellas [...] Unos modos de lucha que diluyan identidades, que ayuden a politizar la existencia y, sobre todo, que alumbren *nuevas subjetividades* radicalmente insumisas (T. Ibáñez, 2009, p. 62, cursivas del original).

Y la psicología social crítica y radical, oponiéndose frontalmente a las corrientes positivistas de la disciplina, debería desempeñar un papel central en esta tarea. Más claramente aún lo decía Tomás Ibáñez muy recientemente (2014, p. 53):

Las nuevas condiciones sociales no modifican, tan sólo, los dispositivos de dominación y las correspondientes prácticas de lucha, sino que producen, también, modificaciones en el tejido simbólico y en la esfera cultural. Por una parte, suscitan nuevos discursos legitimadores que son necesarios para sostener los nuevos dispositivos de dominación, pero, por otra parte, también suscitan nuevos análisis y nuevos discursos antagonistas que enriquecen el pensamiento crítico. Es decir, una modalidad de pensamiento que, en palabras de Foucault, pone en cuestión todas las formas de la dominación.

Lo que podemos poner en relación con algo que el propio Tomás Ibáñez había dicho unas páginas antes (2014, p. 6):

La posibilidad de multiplicar y de identificar las luchas contra los dispositivos de dominación, de poner más a menudo en jaque los ataques a la dignidad y a las condiciones de vida de las personas, de subvertir las relaciones sociales moldeadas por la lógica mercantilista, de arrancar espacios para vivir de otro modo, de transformar nuestras subjetividades, de disminuir las desigualdades sociales, y de ampliar el espacio abierto al ejercicio de las prácticas de libertad.

Lo primero que tendría que hacer una psicología social crítica es levantarse contra las verdades absolutas y universales que aún defiende la disciplina, lo que se deriva de su carácter positivista. Por el contrario, toda psicología social que pretenda ser crítica debería posicionarse contra la dominación (T. Ibáñez, 2005) y, por tanto, también contra las verdades absolutas y contra el positivismo.

En efecto, la existencia de *Verdades absolutas* y *Valores Universales* confiere, a quienes están en su posesión, el *derecho* e, incluso, la obligación moral de doblegar a quienes se apartan de estas verdades y de estos valores. Al alzarse en contra de estos absolutos, el relativismo culmina en cierto sentido la empresa iniciada por la Ilustración; y ya no es sólo Dios, sino que son también *sus dobles*, los que se ven expulsados de los asuntos humanos (T. Ibáñez, 2014, p. 141, cursivas del original).

No olvidemos que la psicología social ha servido —y sigue sirviendo— al mantenimiento del *statu quo* y, por consiguiente, a la defensa de los intereses de los poderosos, y lo hace de diferentes formas, pero sobre todo de estas cuatro: prescribiendo quiénes son psicológicamente normales (que son precisamente los que mejor se adaptan a las exigencias del capitalismo); psicologizando los problemas sociales, de manera que la culpa de tales problemas no será del sistema sino de sus víctimas; contribuyendo con todo ello a la producción de una ideología legitimadora que consiga que los ciudadanos no vean la injusticia y, si la ven, que crean que cada uno tiene lo que se merece; y, finalmente y como un efecto de lo todo lo anterior, contribuyendo a la construcción del propio sujeto, en este caso del *sujeto neoliberal* (Ovejero, 2014c). La psicología, entonces, y por decirlo en términos de Althusser, se convierte en un poderoso *aparato ideológico del Estado*. Pero tengamos en cuenta que los mensajes persuasivos de tales aparatos ideológicos “penetran tan profundamente en la conciencia de una cultura que la gente acepta incuestionablemente sus presiones [...] Las personas desconocen totalmente las ideologías que gobiernan su existencia, al menos como ideologías” (Sampson, 1974/1983, pp. 128-129). De ahí que

Una de las principales tareas de la psicología crítica consista en exponer las formas en que la moderna psicología y los psicólogos —incluso si tienen buena intención— contribuyen a mantener un *statu quo* social y cultural que es injusto, frívolo e incluso, en cierta medida, perjudicial para el bienestar humano (Richardson y Fowers, 1997, p. 266, cursivas propias).

Pero el hecho de que la psicología social sea una disciplina *intrínsecamente política*, algo a la vez evidente y poco aceptado por los psicólogos sociales, ya era señalado por Torregrosa hace 30 años (1985/1988, pp. 655-656), cuando decía que:

Los problemas sociales susceptibles de intervención psicosociológica están inscritos en procesos sociales más amplios atravesados de conflictos de intereses. El poder es una variable ubicua en la realidad social. En cierto modo, pueden verse los problemas sociales como una distribución desigual, real o percibida, del poder. Estas consideraciones elementales confieren al problema de la intervención una dimensión política e ideológica [...] Conviene subrayar esto porque nada podría ser más ideológico que una aproximación *sólo psicológica* a los problemas sociales. Este ha sido uno de los mecanismos tradicionales de la sociedad burguesa para disolver los problemas sociales, no para entenderlos ni solucionarlos. Inscribir globalmente la psicología social en este proceso resultaría coherente con las demandas de ciertos sectores dominantes de la sociedad. La psicología social tendría como función contribuir, con sus formulaciones teóricas y sus técnicas, al mantenimiento de esta situación de dominación y no a la resolución de los problemas derivados de la misma.

Dándoles a los diferentes poderes del sistema una eficacia que no alcanzarían sin la contribución de los psicólogos. Porque, como señalan tanto José Ramón Torregrosa (1985/1988) como George Gross (1974/1983), la función ideológica esencial de la psicología social positivista consiste precisamente en *despolitizar* la ciencia psicosociológica y presentarse como un campo del conocimiento objetivo y neutral. “La psicología social tendría como función contribuir, con sus formulaciones teóricas y sus técnicas, al mantenimiento de esta situación de dominación y no a la resolución de los problemas derivados de la misma” (Torregrosa, 1985/1988, p. 656).

La psicología social, sobre todo algunas de sus ramas como la psicología del trabajo y de los recursos humanos, habla *desde los presupuestos ideológicos* de la sociedad capitalista de mercado, tras haber internalizado previamente tales presupuestos (individualismo, competición, etc.), y a menudo tiene efectos políticos de una forma muy sutil. Por ejemplo en el campo de la influencia social, el mero hecho de hacer hincapié en la sumisión y en el conformismo, y no en la independencia y la rebeldía, como sistemáticamente ha hecho en psicología social (Solomon Asch, Stanley Milgram...), constituye un mecanismo sutil, pero

rotundo, de ponerse al servicio de las instancias de poder que tienen un gran interés en conseguir conformismo y sumisión en los ciudadanos, en los trabajadores, en el alumnado o en los clientes y consumidores, y no en fomentar la independencia y la rebeldía. Por tanto, se hace necesario un enfoque *crítico* que explique los problemas sociales centrándose en las contradicciones de la propia sociedad, y no buscando sus causas dentro de los individuos. Y en esta tarea Torregrosa fue pionero en nuestro país, y sus reflexiones aún son de gran utilidad.

Curiosamente, hoy día, en plena hegemonía del empirismo y el positivismo, cuando toda realidad tiene que ser traducible a números si quiere ser tomada como tal, resulta que, como muestra Parker (2010) para el caso de la psicología, es la ideología la que guía la investigación tanto en psicología, como en psicología social y en las demás ciencias sociales. Precisamente porque la exclusividad del número excusa todo pensamiento crítico y toda consideración intelectual de un mínimo calado². Y esto ocurre también en las demás ciencias sociales. Así, el libro que hace poco publicaron Daron Acemoglu y James A. Robinson (2012/2013), prestigiosos profesores del *Massachusetts Institute of Technology* el primero y de Harvard el segundo, *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, es un larguísimo panfleto de casi 600 páginas cargado de ideología, pero haciendo ver en cada una de sus páginas que ahí sólo hay datos: subrayan que ellos sólo constatan hechos, y dejan fuera toda ideología. Pero si han tenido tanto éxito ha sido precisamente porque está lleno de ideología que les sirve a los neoliberales para justificar sus propias políticas y para legitimar los efectos nefastos de tales políticas. Hay tantos libros que desenmascaran los intereses económicos, políticos e ideológicos de la actual globalización neoliberal (véase Ovejero, 2014), que cuando aparece uno que defiende ese sistema neoliberal y sus políticas realmente criminales, es recibido como agua de mayo por todos aquellos que o bien se están enriqueciendo con el nuevo orden social o bien creen en él con una fe de carbonero. Eso es lo que tienen los fundamentalismos, y el fundamentalismo de mercado no iba a ser menos. Como tantas

veces ocurre, lo que dice el libro es cierto y está bien argumentado y bien fundamentado; pero lo grave es que lo más importante no aparece. El problema, pues, no está en lo que dice, sino en lo que no dice: no habla, por ejemplo, de las hipocresías del neoliberalismo, no dedica ni una palabra al FMI, al que prácticamente ni cita, como si no tuviera nada que ver en la pobreza y las desigualdades de hoy día; ni una palabra sobre los efectos laborales y sociales del actual capitalismo. Pero como sostiene Torregrosa, una de nuestras funciones como psicólogos sociales consiste en sacar a la luz lo que está oculto, desenmascarar los verdaderos intereses que se esconden tras la falsa objetividad de las ciencias sociales positivistas. Por eso estoy con Torregrosa en su optimismo, frente a Parker (2010), con respecto a las posibilidades emancipadoras de nuestra disciplina (véase Ovejero, 2011b), cuando escribía que “sería un error —y una injusticia— dejarse llevar por generalizaciones excesivas y descartar *a priori* las aportaciones que la Psicología Social ha hecho y puede hacer en el cambio hacia una mayor autoconciencia y liberación del hombre actual” (1974, p. LVI).

Por tanto, nunca deberíamos olvidar que la psicología social debe adoptar siempre una perspectiva crítica que tenga en cuenta las cuestiones ideológicas y de poder y dominación, dado que se trata de procesos constitutivos tanto de la disciplina como del propio ser humano. Y resulta imposible entender la conducta de las personas y de los grupos sin tener en cuenta cómo se constituyeron a través de esos procesos de poder, de dominación y, en fin, ideológicos. Por ejemplo, resulta imposible entender la pasividad con que la ciudadanía europea está aceptando el brutal cambio de modelo económico, laboral, social y político que está imponiendo el nuevo capitalismo sin tener en cuenta los procesos ideológicos, de poder y de dominación que han construido el nuevo sujeto neoliberal. Pues bien, esto ya lo decía Torregrosa hace 40 años cuando escribía que:

Esos contenidos de la experiencia y esas conductas se desarrollan en el marco inicial y real de unas estructuras de poder social y sus correspondientes ideologías legitimadoras. Y ese marco de poder e ideología no es meramente un escenario aséptico en el que transcurren aquellos procesos a los que hemos aludido antes, sino que es su traxunto mismo: la realidad que produce a través de múltiples mediadores aquellos contenidos de

² Hay excepciones importantes, como son los estudios de Pierre Bourdieu, entre otras.

conciencia y aquellas conductas, y, a la vez, es producida por ellos. El desconocimiento o infravaloración teórica de ese entramado poder-ideología es lo que lleva a concebir a la psicología social como una ciencia de las relaciones interpersonales, autonomizando ficticiamente ese plano de lo interpersonal de los determinismo sociales más amplios y desembocando en un cierto psicologismo formalista insatisfactorio, tanto psicológica como sociológicamente [...] En cualquier caso, lo que queremos subrayar es que todas esas realidades del poder y la ideología, de la estructura social, en referencia a los cuales surge y se organiza la conciencia y la conducta, caen fuera del usual análisis psicológico, constituyendo el núcleo, obviamente, del análisis sociológico. Su eliminación o simplificación con una terminología como la de ‘medio-ambiente’ o ‘estímulos sociales’ no hace más que encubrir un claro sesgo psicologista de una gran parte de la psicología social actual” (1974, pp. XXXVI-XXXVII).

El propio Talcott Parsons (1951, p. 553) lo decía hace más de 60 años: “No puede existir una adecuada Psicología Social sin una explícita y sistemática referencia a los aspectos sociológicos de la teoría de los sistemas sociales. Sin ella se convierte en mera tapadera del ‘sesgo psicologista’ en la interpretación de los fenómenos sociales”.

El método

La Modernidad fue la época del orden, del orden de la razón, del orden ilustrado, del orden eurocéntrico. Pero, como decía Roman Rolland, tras el brillo del orden acechaban los ojos del caos, cosa que se hizo manifiesto en la primera guerra mundial y sobre todo en la segunda, a la vez que también los físicos (Max Planck, Albert Einstein, Werner Heisenberg) mostraban también el caos de la materia, y Sigmund Freud el caos psicológico que se escondía tras el orden mental burgués. Y antes de todos ellos, guiando la nueva época, estaba el gran Friedrich Nietzsche. Como se deduce de las conclusiones de la nueva física, es evidente que los postulados newtonianos han perdido su presunto carácter universal: no tenemos acceso alguno a Todo. Los conocimientos son siempre parciales y, por consiguiente, relativos. En consecuencia, tras la aparición de la física cuántica, los “a priori” kantianos han dejado de ser aplicables a la totalidad de los fenómenos físicos, con lo que la objetividad ya no es posible o, si lo es, lo es en un sentido radicalmente diferente a la de la Modernidad: mientras que para la física clásica el observador no era más que un reflejo pasivo de los datos de los sentidos y la observación era independiente de la teoría y, por

tanto, objetiva, para la física cuántica la observación pura no existe, pues nunca es ajena a toda teoría. Lo específico de la teoría cuántica consiste justamente en rechazar el supuesto clásico de que los objetos físicos y sus cualidades primarias existen con independencia de que se les observe. El propio Einstein le dijo en una ocasión a Heisenberg que era imposible incluir tan sólo magnitudes observables en una teoría, puesto que es la propia teoría la que indica lo que puede observarse. Pero lo curioso y sorprendente es que la psicología adoptó la epistemología y la metodología de la física precisamente cuando la física ya estaba de vuelta y las estaba poniendo en cuestión, cuando el principio de indeterminación de Heisenberg, la física cuántica de Bohr y la teoría de la relatividad de Einstein estaban llevando a los físicos a cambiar radicalmente de paradigma. En efecto, ya en 1929 Bohr (1929/1988, p. 153) escribía:

Ha sido el descubrimiento del cuanto de acción el que nos ha enseñado que la física clásica tiene un rango de validez limitado, enfrentándonos, a la vez, a una situación sin precedentes en la Física al plantear bajo una nueva forma el viejo problema filosófico de la existencia de los fenómenos con independencia de nuestras observaciones [...] Toda observación entraña una interferencia de tal índole en el curso de los fenómenos que deja sin sentido al modo causal de descripción.

Y el propio Heisenberg (1955/1957, pp. 33 y 43) iba en la misma dirección:

La teoría de los cuantos obliga a formular toda ley precisamente como una ley estadística y, por ende, a abandonar ya en principio el determinismo [...] La ciencia natural no es ya un espectador situado ante la Naturaleza, antes se reconoce a sí misma como parte de la interacción de hombres y Naturaleza.

Aplicado esto a la psicología, deberíamos tener muy presente lo que el físico atómico Robert Oppenheimer (1956) dijo, en una alocución a los psicólogos de la APA, que el peor error que podían cometer los psicólogos era precisamente el de dejarse influir por el método de *una física que ya no existe* (el subrayado es mío) y que cuando existe está completamente trasnochada.

Pues bien, parece que buena parte de los psicólogos no le hicieron mucho caso a Oppenheimer. Si hay más que dudas sobre si la física puede ser una ciencia en el sentido que le da el positivismo, lo que ofrece menos dudas es que la psicología ni es ni puede ser una ciencia positiva, dado que su objeto —el ser hu-

mano y sus relaciones sociales— es un producto social, cultural e histórico, y, por ello, no cabe entre las estrechas paredes del laboratorio. El experimento de laboratorio es realmente inviable en nuestro ámbito porque resulta absolutamente imposible controlar todas las variables extrañas. Por tanto, nunca podremos concluir, por utilizar la terminología positivista-experimentalista, que los cambios en las variables dependientes se han debido realmente a nuestra manipulación de las variables independientes, lo que conlleva la imposibilidad total de llegar a leyes de causa-efecto. Y no olvidemos que *siempre debe ser el objeto el que determine el método a utilizar y nunca al revés*.

Ya en 1974, Torregrosa abordaba con claridad el problema metodológico de nuestra disciplina, y lo hacía abogando explícitamente por el abandono del experimento de laboratorio por no ser el adecuado para nuestro objeto de estudio.

Ya no se trata simplemente del reconocimiento de la utilidad o conveniencia de otras alternativas (al experimento de laboratorio) o de admitir los necesarios retoques que la lógica y técnicas de laboratorio plantean, para permanecer, no obstante, dentro del mismo. Se trata de un ataque frontal a la idoneidad de tal metodología para el análisis de la problemática que la psicología social se plantea o debería plantearse. Se trata, en definitiva, del intento de efectuar un cambio de paradigma, con todo lo que ello implica, en distintos planos —epistemológico, metodológico, teórico, organizativo y formativo— para el desarrollo y constitución de una disciplina científica (1974, pp. LI-LII).

Una vez más, Torregrosa cogía el toro por los cuernos y abordaba la cuestión de la supuesta neutralidad del método, la premisa de que el método no es sino una mera herramienta aséptica de trabajo.

Este supuesto es erróneo en el sentido de que todo método lleva implícita una ontología y una manera de determinar, condicionar e incluso construir el objeto. Por tanto, si esto es casi una necesidad de la propia metodología, una manera de contrarrestarlo es el de tener en cuenta o partir explícitamente de una determinada ontología, de un concepto claro del objeto (Torregrosa, 1985, p. 15).

Pero hay más todavía en la cuestión del método, puesto que ni existe distinción tajante entre teoría y práctica, ni tampoco entre teoría y datos ni entre teoría y método. Los datos y los hechos son producidos por la teoría. El empirismo ya hace tiempo que fue abandonado incluso por destacados representantes de

la tradición lógico-positivista del Círculo de Viena como es el caso de Hempel o Feysabend. Y sin embargo, le mantienen aún la mayoría de los psicólogos. Es claro que las hipótesis y las teorías científicas no *derivan* de los hechos observados, sino que *se inventan* para dar cuenta de ellos. Como hace ya unos años escribiera Miguel Martínez (1982, p. 53),

En las ciencias sociales es frecuente el empleo de técnicas matemáticas, como el cálculo de coeficientes de correlación, el análisis factorial y el trazado de líneas de regresión, y se piensa, con relativa ingenuidad, que al calcular los parámetros a partir de los datos se ha descubierto determinada ley que rige esa información, cuando en realidad esa ley se ha supuesto desde el principio y ha guiado todo el trabajo.

El mismo Einstein afirmaba que "están equivocados aquéllos que creen que la teoría se obtiene inductivamente a partir de la experiencia". Es más bien al contrario: es la teoría la que construye los datos y conforma la misma experiencia. Los datos son producidos por la teoría e incluso por la propia observación. Ninguna percepción humana es inmaculada, ya que toda observación, por muy científica que pretenda ser, está "cargada de teoría", como en su día demostró Hanson. Es más, no existe ninguna "experiencia no construida", ni en el ámbito de los objetos sociales ni siquiera en el ámbito de los objetos físicos, pues en nuestra retina no hay en realidad ninguna "imagen" que nosotros "veamos", sino que simplemente la luz produce una excitación variable de conos y bastoncillos que es transmitida al cerebro e *interpretada por éste*. Pero han sido los procesos de socialización los que nos han enseñado a interpretarlos, como han demostrado autores tan relevantes como Bruno Latour, Steve Woolgar, Humberto Maturana y Francisco Varela, y antes que todos ellos Friederich Nietzsche. Por tanto, aunque en los manuales tradicionales de técnicas de investigación social le designan a la observación la tarea de recogida de datos, sin embargo la observación no recoge los datos sino que, en gran medida, *los produce*.

Ahora bien, si esto parece claro, ¿por qué tantos psicólogos siguen con métodos positivistas, tan poco útiles en nuestra disciplina? La respuesta, en línea con las denuncias de Paul Feysabend (1975), es evidente: el método cumple la importante función de servir de *retórica de la verdad* y contribuir así no a convencer racionalmente, sino a impresionar (J. Ibáñez, 1979; 1985; 1996; T. Ibáñez,

1992/1996). Si, por ejemplo, vemos que una afirmación viene acompañada de cientos de números, docenas de complicadas fórmulas y multitud de tablas, no nos atreveremos siquiera a dudar de la verdad encerrada en tal complicado andamiaje, y sin reflexionar siquiera sobre el contenido del asunto, crearemos acríticamente lo que de tal manera nos presenten. Y es que con frecuencia, los datos estadísticos y experimentales, tratados de formas complejas por los diferentes paquetes informáticos, funcionan como una mera retórica de la verdad: no pretenden convencer, sino *deslumbrar*, o más bien, pretenden convencer deslumbrando. Como decía Jesús Ibáñez (1985, p. 188), “la verdad es local y transitoria. Pero el sistema necesita verdades absolutas sobre las que asentarse: si la verdad no existe hay que inventarla”. Y la inventan, construyéndola. Como diría Foucault, la verdad existe, pero somos nosotros los que la construimos, siendo a menudo ése el principal objetivo del método llamado científico.

Aplicaciones: la práctica profesional

Si la psicología es útil para construir la realidad social, no es de extrañar que sea utilizada por quienes detentan el poder para ponerla a su servicio. Por tanto, pienso que una de las tareas más urgentes de los psicólogos críticos es desenmascarar los intereses que se esconden tras muchas de nuestras prácticas profesionales, pues no olvidemos que lo primero que hacen las organizaciones de todo tipo es echar una tupida cortina de humo para ocultar su verdadero funcionamiento. Así, bajo la etiqueta de “ayuda a los demás” y de “mejora de la calidad de vida” a menudo se esconden otros intereses, entre los que están los personales de los propios psicólogos y los de quienes les pagan. La psicología profesional, como no hace mucho escribía Parker (2010, p. 32), “se organizó en torno a cuestiones más prácticas, entendiendo su practicidad desde el punto de vista de los que deseaban garantizar que los individuos trabajaran de manera eficiente y, de este modo, reportaran beneficios a sus patronos”.

Más en concreto, fue a nivel práctico como se fue desarrollando la psicología tal como la conocemos ahora, y lo hizo principalmente como instrumento de *gestión social* (Jansz y van Drunen, 2005) y, por consiguiente, como *instrumento de control social*, alcanzando tal desarrollo y protagonismo que se fue convir-

tiendo en un dispositivo esencial para la *construcción del sujeto moderno*. No olvidemos que una de las principales características del siglo XX fue la progresiva “psicologización” de la vida, lo que le dio a la psicología un gran poder en especial a la hora de psicologizar los problemas sociales. Ahora bien, el papel que los psicólogos han desempeñado y siguen desempeñando en la sociedad es complejo. En efecto, aunque muchos psicólogos se han posicionado contra el poder, como hicieron Michel Foucault que además de filósofo era también psicólogo (véase Pastor y Ovejero, 2007), las psicólogas feministas o la asociación estadounidense de psicólogos negros, sin embargo la mayoría, fueran o no conscientes de ello, se puso a su servicio, a menudo sin saberlo, como consecuencia principalmente de su fuerte individualismo. Como escriben Isaac Prilleltensky y Dennis Fox (1997, p. 12, cursivas propias),

Una filosofía individualista, que explique los problemas como puramente individuales, lleva a la búsqueda de soluciones también puramente individuales. Ello puede ayudar a algunas personas. Pero a otras muchas las deja en una perpetua petición de ayuda, dado que si los problemas son inherentemente sociales, la búsqueda de soluciones individuales al final falla. Y no deberíamos sorprendernos de que la insistencia en las soluciones individuales la mayor parte de las veces afecta injustamente a los segmentos de la población históricamente definidos como inferiores. Animar a las mujeres, a las personas de color, a los pobres y a los trabajadores a definir sus problemas como individuales garantiza que intentarán cambiarse a sí mismos más que cambiar la sociedad. El resultado es una reducción en los esfuerzos por cambiar el *statu quo*, lo que beneficia a los privilegiados.

Ahora bien, si la psicología social, sus conocimientos y sus aplicaciones, ayudan al poder a ejercer su dominio sobre la ciudadanía, también pueden, en contra de lo que cree de Parker (2010), ayudar a la gente a *resistir* al poder, es decir, también puede ayudar a las personas a controlar sus propias vidas, a resistirse a las presiones que sobre ellas se ejercen desde diferentes instancias de poder (político, económico, etc.). Pero para ello necesitamos otra psicología que no sea ni individualista ni positivista, una psicología que no se base en los valores capitalistas de egoísmo y competitividad sino en valores de colectivismo y solidaridad. De hecho, como sostienen Roger Sapsford y Rudi Dallos (1998, p. 200), el capitalismo florece allí donde la gente valora sobre todo lo individual, la competi-

tividad, la auto-suficiencia y la autodisciplina. Por tanto, en la medida en que la psicología social sea individualista estará apoyando al capitalismo, lo quieran o no los psicólogos que mantienen tales posturas, y contribuyendo a reproducir sus valores esenciales. En cambio, en la medida en la psicología se ocupe más de las relaciones sociales y de la acción humana cooperativa estará contribuyendo a socavar los valores capitalistas. Por ello, la implementación escolar del aprendizaje cooperativo resulta ser algo profundamente subversivo.

En suma, podemos decir que la psicología profesional, ya desde sus orígenes, se puso al servicio del capitalismo, bien de una forma directa, como hizo la psicología del trabajo, o bien de una forma indirecta, como hizo la psicología escolar (entrenar a los niños en aquellas habilidades, actitudes y conductas necesarias para hacer de ellos trabajadores eficaces y ciudadanos dóciles) o la psicología clínica (uno de cuyos objetivos es mitigar los destrozos psicológicos que iba produciendo la industrialización y el propio capitalismo). Por consiguiente, como muestra Foucault a lo largo de toda su obra, la intervención psicológica, aunque parece ser de mera ayuda, realmente constituye una nueva forma de dominación sociopolítica, de manera que se ha convertido en una profesión de control social. Por ejemplo, cuando los psicólogos dicen que “la capacidad para retardar los refuerzos” es un rasgo deseable, están fortaleciendo en la ciudadanía la conducta de ahorro que tan necesaria le es al capitalismo y en especial al sector bancario. Y es que, como ya he dicho, la psicología no sólo describe la realidad, sino que también la construye. Por ejemplo, crea normas, cuando señala cuál es la conducta correcta, con lo que *construye la normalidad* y, por tanto, construye también la anormalidad, es decir, las categorías de personas no normales, entre ellas el niño torpe, el delincuente, el inadaptado o el loco. En consecuencia, los servicios sociales serían, pues, el instrumento que la sociedad moderna y democrática utiliza para solucionar los problemas que ella misma ha creado, pero apuntándose el tanto de ser ella la que los soluciona, a la vez que oculta que ella los había producido. Como se ve, la psicología constituye un potentísimo instrumento de poder y control social. Como defiende Michel Foucault (1975/1976), el poder no solo amenaza, casti-

ga y reprime, sino que también crea, premia y construye subjetividades a su imagen de forma que se reduzca toda posibilidad de resistencia. Y en la construcción de esa subjetividad es crucial la psicología social y su práctica profesional. Por ejemplo, en la construcción del actual *sujeto neoliberal* que, al menos a mi juicio, es el pilar esencial que está sosteniendo el indiscutible éxito del nuevo capitalismo neoliberal (véase Laval y Dardot, 2009/2013; Lazzarato, 2011/2013; Ovejero, 2014).

Por otra parte, no es posible separar teoría y aplicación ya que, como señala Torregrosa (1996, p. 40, cursivas del original),

Inteligir, comprender o explicar una realidad, cuando se hace de un modo sistemático, es ya *una investigación aplicada*... Porque al inteligir un objeto de un modo determinado, no lo dejamos como *estaba antes*, sino que lo construimos con nuestro acto mismo de inteligirlo. La realidad no se nos hace patente de modo inmediato, sino mediatizada a través de los esquemas con que a ella apuntamos para conocerla.

Además, añade Torregrosa a renglón seguido,

Como ha mostrado la sociología y la psicología del conocimiento y de la ciencia, ni la ciencia básica está desprovista de intereses iniciales que le confieren una intencionalidad práctica e, incluso, una estructura y función ideológica, ni la ciencia elaborada inicialmente con una finalidad aplicada carece de elementos teóricos y metodológicos característicos de la investigación básica. La distinción entre investigación básica y aplicada es cada vez más tenue (Torregrosa, 1996, p. 40).

Y

La mera aplicación técnica de las técnicas, cuantitativas o cualitativas, no las convierten, sin más, en elementos de racionalidad científica; puede ‘tecnificar’ la recogida de información y su tratamiento; pero su carácter científico se deriva del sentido de su uso en el contexto de investigación; uso que no es neutral ni teórica ni axiológicamente, pero que no excluye, en principio, su validez. Ahora bien, si el contexto de investigación no existe —es decir, si no existe una voluntad de reflexiva y abierta intelección—, su estatus sería difícil de distinguir del ‘espionaje’. Se convertirían así en dispositivos para la regulación y disciplina de la ‘economía psicosocial’, en vez de instrumentos para su libre y abierto esclarecimiento [...] La posible eficacia de estas técnicas no sería el resultado de su validez científica, sino de su simbiosis estructural e ideológica con el poder. En este sentido, cumple análogas funciones a las que la teología cumplió en otros tiempos: la de proporcionar legitimidad a la administración, vigilancia y control de las conciencias (Torregrosa, 1996, p. 43).

Más aún, insiste Torregrosa que:

Es en el plano de las aplicaciones, de la práctica, donde se muestra más claramente la existencia de ampliar la racionalidad científico-social como ciencia cultural, como saber humanístico, y no meramente como un mimesis de la idea de ciencia reconstruida o ‘heredada’ de las ciencias naturales. Las Ciencias Sociales, incluida la Psicología Social, ocupan una posición intermedia entre las humanidades y las ciencias naturales, dada esta específica realidad que llamamos ser humano. Por tanto, sus prácticas profesionales no pueden sino mantenerse dentro de esos dos grandes marcos de inteligibilidad. Por ello, la Psicología Social, en la que ha prevalecido una orientación científica, con claras implicaciones tecnocráticas para la práctica, debe abrirse a una epistemología crítico-hermenéutica como fundamento tanto de sus investigaciones teóricas como aplicadas. Lo que le permitiría, además, dar cuenta de sus conexiones conceptuales y reales más amplias, desarrollando una autoconsciencia reflexiva de sus propias prácticas... Desde esos presupuestos es posible pensar una Psicología Social que no sólo refleje y legitime el orden social existente, sino también cuestionar algunos de los valores en que se cimienta ese orden y, desde una racionalidad científica ampliada, poder proponer nuevos valores (1996, pp. 54-55).

Reflexiones finales

La psicología es *a la vez* un producto del sistema capitalista y de su fuerte individualismo y un instrumento de defensa y mantenimiento de ese sistema. El individualismo de la psicología está contribuyendo al mantenimiento tanto del control social como del propio orden social dominante, lo que no es ajeno a su adopción de la epistemología positivista: al considerarse a sí misma una ciencia neutra y objetiva, la psicología dice *describir* la realidad psicológica y social tal como es, cuando lo que realmente está haciendo es *construir una realidad psicológica que interesa al sistema y a los poderosos*. No olvidemos que la función ideológica esencial de la psicología social positivista consiste precisamente en *despolitizar* sus prácticas y presentarse como un campo del conocimiento objetivo y neutral, meramente técnico. Sin embargo, coincido con Martí-Baró cuando defiende que en psicología las supuestas asepsia y neutralidad no son sino un mero *engaño ideológico*, disfrazado de falsa epistemología.

Ahora bien, estamos en una nueva fase de la historia humana y la psicología debe ser capaz de dar respuestas coherentes a la nueva sociedad postmoderna, que sólo podrá ser entendida desde la psicología social si esta disciplina cambia *radicalmente* de perspectiva y es capaz de captar *simultáneamente* los as-

pectos psicológicos, sociales e históricos de los fenómenos psicosociales. Y es que estos drásticos cambios sociales —debidos en gran medida a la actual Revolución Tecnológica y su influencia en nuestras vidas— están produciendo profundas transformaciones en el ser humano y en su conducta. No olvidemos que ya decía Carlos Marx que los individuos somos producto de la historia, no de la naturaleza. Y con más rotundidad aún nos repetía una y otra vez Ortega y Gasset: “El hombre no tiene naturaleza, tiene historia” (1935/1971, p. 55). Algo similar defendían Heidegger así como su discípulo Gadamer: si el ser humano no tiene esencia sino existencia, y si tal existencia está perfectamente situada social, cultural e históricamente, entonces es inevitable el relativismo defendido por los postmodernos y que tanto alarmaron siempre a los pensadores de orden de todos los tiempos, ya desde que los sofistas defendieran la postura relativista. Y es que el caos produce una incertidumbre insoportable. Tras Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein y Foucault, defensores todos ellos del relativismo, aunque cada uno a su manera, las cosas ya no podrán volver a ser como antes y ya no cabe el tranquilizador orden de otros tiempos. Y la psicología social debe acompañar a todos estos cambios sociales e históricos (Ovejero, 1999). Se hace necesario, pues, un enfoque crítico que sea capaz de poner en tela de juicio incluso la misma psicología social, tanto en su definición intencional, como en su definición operativa, pues no olvidemos que:

Reducir la psicología social a lo que de hecho han estudiado y cómo lo han estudiado, los psicólogos sociales significa aceptar que una ciencia es definida por aquéllos que han dispuesto del poder económico y social para determinar los problemas que debían ser estudiados y las formas como debían resolverse. En el presente caso, es bien sabido que los problemas actuales tratados por los textos de psicología social son los problemas que los centros de poder de la sociedad norteamericana han planteado a sus académicos, y las respuestas que los psicólogos sociales norteamericanos han proporcionado a estos problemas para afirmarse en el interior del mundo científico de los Estados Unidos. Estas respuestas, claro está, son lógicas en el contexto de este sistema social y de esta estructura productora de conocimiento. Sin embargo, el alcance y sentido de las preguntas están determinados por los intereses de la clase que tiene el poder para plantearlas (Martín-Baró, 1983, p. 3).

Deberíamos, pues, defender una psicología social que, en mayor o menor medida, parti-

cipara de las siguientes características (Ovejero, 1999, pp. 553-555):

1) Una crítica tanto a la concepción convencional de psicología social, como a los métodos tradicionales (sobre todo los experimentales) y en especial al concepto mecanicista de ser humano que subyace a todo ello.

2) La existencia de una profunda indisociabilidad de la psicología social con la filosofía, entendida ésta como reflexión profunda y fundamentada sobre lo que hacemos los psicólogos sociales y sobre las consecuencias de lo que hacemos, es decir, sobre los efectos de nuestras prácticas.

3) La necesidad de una transdisciplinariedad que pocas veces ha tenido nuestra disciplina, subrayando la artificialidad de las fronteras entre las ciencias sociales y mostrando la enorme fertilidad de incluir en todo enfoque psicosocial también la sociología, la antropología o incluso la historia.

4) Imposibilidad de separar la psicología social de la dimensión histórica de la disciplina, dado que histórico es nuestro objeto, el ser humano e histórico es incluso todo conocimiento, incluido el conocimiento psicosocial.

5) Todo lo humano es también, y esencialmente, *simbólico*. Es más, el propio sujeto humano está constituido también simbólicamente, sobre todo lingüísticamente. De ahí la necesidad de estudiar, a todos los niveles, *el lenguaje*, pero no como algo aislado y estático, sino más bien como algo que dialécticamente construye la realidad social y al propio sujeto, como mostró Wittgenstein. En suma, se hace altamente necesario el análisis psicosocial de los discursos que contribuyen a construir la realidad social.

6) Por tanto, la realidad psicosocial en todos sus ámbitos debe ser considerada como socialmente construida por la propia psicología social, por nuestros conceptos, por nuestras teorías, por nuestro lenguaje psicosocial y, tal vez sobre todo, por nuestras prácticas profesionales.

7) La psicología social tradicional forma parte de todo un andamiaje cultural dirigido a ocultar las contradicciones e injusticias sociales. De ahí la necesidad de una

metapsicosociología que, con unos métodos des-constructivistas, sea capaz de descubrir lo que se esconde tras las apariencias.

8) Finalmente, se hace imprescindible un enfoque explícitamente crítico, que desenmascare la función controladora de la psicología social y que intente hacer de ella una disciplina que sea un instrumento al servicio de la sociedad, es decir, una psicología social auténticamente emancipadora que sea capaz por decirlo con palabras de Torregrosa, de elevar el nivel de racionalidad, de libertad y de solidaridad en nuestra sociedad.

En suma, si la psicología es persistentemente utilizada por el sistema para sus objetivos de dominación, y si muchos psicólogos se convierten en colaboradores directos de esos objetivos, quienes no coincidamos con ello deberíamos ser capaces de establecer los dispositivos que permitan a la psicología ponerse al servicio de la *resistencia a la dominación*. Ésa debería ser, a mi juicio, la principal función de una Psicología Social Crítica y Emancipadora. Y en esta tarea las reflexiones y los escritos de José R. Torregrosa nos serán de una gran ayuda.

Referencias

- Acemoglu, Daron y Robinson, James A. (2012/2013). *Por qué fracasan las naciones*. Bilbao: Ediciones Deusto.
- Allport, Floyd Henry (1924). *Social Psychology*. Boston: Houghton and Mifflin.
- Armistead, Nigel (1974/1983). Introducción. En Nigel Armistead (Coord.), *La reconstrucción de la psicología social* (pp. 7-23). Barcelona: Hora.
- Arnett, Jeffrey J. (2008). The neglected 95%: Why American Psychology needs to become less american. *American Psychologist*, 63(7), 602-614. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.63.7.602>
- Bauman, Zygmunt (2013/2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona: Paidós.
- Blyth, Mark (2013/2014). *Austeridad: Historia de una idea peligrosa*. Barcelona: Crítica.
- Bohr, Niels (1929/1988). *La teoría atómica y la descripción de la naturaleza*. Madrid: Alianza.
- Durkheim, Emile (1897/2008). *El suicidio*. Madrid, Akal.

- Edwards, Richard C.; Reich, Michael y Weisskopf, Tom (Eds.) (1986). *The capitalismsystem* (3ª edición). Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Elias, Norbert (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península
- Elias, Norbert (1939/1993). *El proceso de la civilización*. Madrid: F.C.E.
- Feyerabend, Paul (1975). *Against Method*. London: New Left Books.
- Foucault, Michel (1975/1976). *Vigilar y castigar*. México DF: Siglo XXI.
- Garzón, Alberto (2014). *La Tercera República: construimos ya la sociedad de futuro que necesita España*. Barcelona: Península.
- Gergen, Kenneth J. (1997). Social psychology as social construction: The emerging vision. En Craig McGarty y Alexander Haslam (Eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society* (pp. 113-128). Cambridge, Mass.: Blackwells Publishers.
- Gross, George (1974/1983). Selección artificial. En Nigel Armistead (Ed.), *La reconstrucción de la psicología social* (pp. 41-50). Barcelona: Hora.
- Heisenberg, Werner (1955/1957). *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Barcelona: Seix Barral.
- Honneth, Axel (2007/2009). *Patologías de la razón: Historia y actualidad de la teoría crítica*. Buenos Aires: Katz.
- Ibáñez, Jesús (1979). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Ibáñez, Jesús (1985). *La investigación social de segundo orden*. Barcelona: Anthropos.
- Ibáñez, Jesús (1996). Perspectivas de investigación social: El diseño en las tres perspectivas. En Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (Eds.), *El análisis de la realidad social: Métodos y técnicas de investigación* (pp. 51-85). Madrid: Alianza.
- Ibáñez, Tomás (2005). *Contra la dominación*. Barcelona: Gedisa.
- Ibáñez, Tomás (1992/1996). *Psicología social constructorista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, Tomás (2009). Los nuevos códigos de la dominación y de las luchas. *Libre Pensamiento*, 62, 56-63.
- Ibáñez, Tomás (2014). *Anarquismo es movimiento*. Barcelona: Virus.
- Ibáñez, Tomás e Íñiguez, Lupicinio (1997). *Critical Social Psychology*. Londres: Sage.
- Jansz, Jeroen y van Drunen, Peter (2005). *A social history of psychology*. Oxford: Blackwell.
- Kropotkin, Piotr (1902/1988). *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución*. Madrid: Ediciones Madre Tierra.
- Laval, Chistian y Dardot, Pierre (2009/2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lazzarato, Maurizio (2011/2013). *La fábrica del hombre endeudado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martín-Baró, Ignacio (1983). *Psicología social desde Centroamérica: Acción e ideología*. San Salvador: UCA.
- Martínez, Miguel (1982). *La psicología humanista: Fundamentación epistemológica, estructura y método*. México DF: Trillas.
- Oppenheimer, Robert (1956). Analogy in science. *American Psychologist*, 11(3), 127-135. <http://dx.doi.org/10.1037/h0046760>
- Ortega y Gasset, José (1935/1971). *Historia como sistema*. Madrid, Espasa-Calpe (Colección Austral).
- Ortega y Gasset, José (1982/1983). *Investigaciones psicológicas*. En José Ortega y Gasset: *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 331-453). Madrid, Alianza.
- Ovejero, Anastasio (1999). *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Ovejero, Anastasio (2011a). Psicología y contexto social: el desarrollo histórico de la psicología social y sus implicaciones para el futuro. En Anastasio Ovejero y Júpiter Ramos (Eds.), *Psicología Social Crítica* (pp. 25-47). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, Anastasio (2011b). Reseña de Parker (2010) La psicología como ideología: contra la disciplina. *Quaderns de Psicologia*, 13(1), 117-120. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.913>
- Ovejero, Anastasio (2014). *Los perdedores del nuevo capitalismo. Devastación del mundo del trabajo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, Anastasio y Ramos, Júpiter (Eds.) (2011): *Psicología Social Crítica*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Oxfam Intermón (2014). *Gobernar para las élites* (Informe de Oxfam presentado en el Foro Económico Mundial de Davos). Extraído de <https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/bp-working-for-few-political-capture-economic-inequality-200114-es.pdf>
- Parker, Ian (2010). *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.

- Parsons, Talcott (1951). *The social system*. Glencoe, Ill: The Free Press.
- Pastor, Juan y Ovejero, Anastasio (2007). *Michel Foucault: Una caja de herramientas contra la dominación*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo
- Piketty, Thomas (2013). *Le capital à le XXI*. París: Seuil.
- Prilleltensky, Isaac y Fox, Dennis (1997). Introducing critical psychology: values, assumptions, and the status quo. En Dennis Fox e Isaac Prilleltensky (Eds.), *Critical psychology: an introduction* (pp. 3-20). Londres: Sage.
- Richardson, Frank y Fowers, Blaine (1997). Critical theory, postmodernism, and hermeneutics: Insights for critical psychology. En Dennis Fox e Isaac Prilleltensky (Eds.), *Critical psychology: an introduction* (pp. 265-283). Londres: Sage.
- Sampson, Edward E. (1977). Psychology and the American ideal. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35(11), 767-782. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.35.11.767>
- Sampson, Edward E. (1981). Cognitive psychology as ideology. *American Psychologist*, 36(7), 730-743. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.36.7.730>
- Sampson, Edward E. (1974/1983). *Justice and the critique of pure psychology*. Nueva York: Plenum Press.
- Sapsford, Roger y Dallos, Rudi (1998). Resisting social psychology. En Roger Sapsford, Arthur Still, Margaret Wetherell, Dorothy Miell y Richard Stevens (Eds.), *Theory and social psychology* (pp. 191-207). Londres: Sage.
- Stuckler, David y Basu, Sanjay (2013). *Por qué la austeridad mata: El coste humano de las políticas de recorte*. Madrid: Taurus.
- Torregrosa, José Ramón (1974). Introducción. En José Ramón Torregrosa (Ed.), *Teoría e investigación en la psicología social actual* (pp. XV-LVI). Madrid: Instituto de la Opinión Pública.
- Torregrosa, José Ramón (1985). Sobre el concepto de psicología social. *Boletín de Psicología*, 8, 9-21.
- Torregrosa, José Ramón (1985/1988). Hacia una definición psicosociológica de los problemas sociales: El problema de las relaciones entre teoría y práctica en la psicología social. En *Actas del I Congreso Nacional de Psicología social*. Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- Torregrosa, José Ramón (1996). Concepciones del aplicar. En José Luis Alvaro, Alicia Garrido y José Ramón Torregrosa (Eds.), *Psicología Social Aplicada* (pp. 39-56). Madrid: McGraw-Hill.
- Torregrosa, José Ramón (1998). Psicología social. En Salvador Giner, Emilio Lamo y Cristóbal Torres (Eds.), *Diccionario de Sociología* (pp. 615-618). Madrid: Alianza.
- Wilkinson, Richard W. (2000/2001). *Las desigualdades perjudican: Jerarquías, salud y evolución humana*. Barcelona: Crítica.
- Wilkinson, Richard W. y Pickett, Kate (2009). *Desigualdad: Un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Madrid: Turner.
- Wittgenstein, Ludwig (1924/1987). *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Alianza.



ANASTASIO OVEJERO

Catedrático de Psicología Social y Doctor en Psicología. Departamento de Psicología. Universidad de Valladolid

DIRECCIÓN DE CONTACTO

tasiovejero@yahoo.es

FORMATO DE CITACIÓN

Ovejero, Anastasio (2015). Psicología Social Crítica y Emancipadora: fertilidad de la obra de José Ramón Torregrosa. *Quaderns de Psicologia*, 17(1), 63-80. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1298>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 14/07/2015

Aceptado: 24/07/2015